

APARICIÓN DEL SEÑOR A LOS DISCÍPULOS DE EMAÚS

2026

Meditación (día 49)

Soy el padre Stíwar Quispe, misionero en Ecuador, y para esta tanda de Ejercicios Espirituales voy a dar estos puntos. Ya estamos meditando sobre la Resurrección, especialmente [vamos a ver] la aparición de Nuestro Señor a los discípulos de Emaús.

Pero quería proponer sobre todo como material para la meditación, pensar en la relación que hay de la Eucaristía con la Resurrección. Porque justamente, como hemos escuchado en el relato Evangélico tan conocido de los discípulos de Emaús, ellos después de haber presenciado con sus propios ojos el sacrificio redentor de Jesucristo, la Eucaristía, el Calvario, le dieron la espalda al Señor y se fueron. Y fue solamente la Resurrección, la presencia de Cristo Resucitado, la que les dio un nuevo sentido a su vida. Y sobre todo volvieron hacia Jerusalén.

INTRODUCCIÓN: SER AGRADECIDOS

Yo creo que ciertamente que hay que ser agradecidos con lo que Cristo ha hecho por nosotros.

En primer lugar: Saber reconocer que su Sacrificio Redentor es por amor a nosotros, para poder así también ser testigos de la Resurrección.

El testimonio que nos dan los discípulos de Emaús es sobre todo de **falta de agradecimiento**, a pesar de haber reconocido todos los beneficios que Cristo hizo y que sobre todo los llevó a cabo en la Cruz.

Y nosotros que nos encontramos a unos siglos después de estos hechos, podemos hacer ciertamente en la Santa Misa, en el memorial viviente de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor, hacer presente nuevamente esta acción de gracias, este contacto y esta relación con Cristo Resucitado, que es lo único que va a dar verdadero sentido a nuestra vida; agradecimiento, felicidad y sobre todo fortaleza para volver hacia la cruz, hacia el Calvario.

Gracia viene del latín «gratia», «gratum», que quiere decir «grato». Es decir, es la expresión que se usa para agradecer algo a una persona. Y si lo aplicamos esto a Jesucristo, ciertamente que es a la persona a la que más le tenemos que dar gracias, porque ha hecho algo realmente maravilloso, duradero, eterno, un **sacrificio perfecto de inmolación y de amor por nosotros**. Es decir, nosotros siendo culpables, Él asume nuestra culpabilidad y la redime. **A quien sí le deberíamos ser gratos es sobre todo a Jesucristo.**

Cuando recibimos algún don, algún regalo, puede ser de algún bien material, somos agradecidos y solemos corresponder con otro bien material. ¡Ni qué hablar en el orden espiritual! Cuando alguien nos enseña algo, cuando se nos corrige, aunque nos cueste un poco al inicio, pero a la larga le agradecemos a esa persona por el bien que nos ha hecho.

Cuánto somos gratos con nuestros profesores, con nuestros amigos que nos han corregido, con nuestros familiares que nos han enseñado el bien.

Entonces podemos decir que mientras más grande es el bien, más grande tiene que ser el agradecimiento. Mientras sea un bien material, se puede corresponder con un bien material, pero si es un bien espiritual es mucho mejor la correspondencia y el agradecimiento. ¡Cuánto más hablando del Sacrificio Redentor de Jesucristo!, que es también algo material, sufrió la Pasión y la Muerte por nosotros; y también es espiritual, es decir, resucitó y nos trajo la gracia, la nueva vida.

¡Cuánto más agradecidos tenemos que ser con Jesucristo por este sacrosanto sacrificio!, por este acto de su Amor para con nosotros que es en parte humano, pero también Divino, una obra excelsa por naturaleza.

Dice Monseñor Straubinger que **la Gloria de Dios consiste en el reconocimiento de sus beneficios**. Y estamos recalcando esto sobre todo porque los discípulos de Emaús no reconocieron realmente todos esos beneficios; es decir, no le dieron Gloria a Dios viendo y palpando lo que Él había hecho por ellos, inclusive conociendo ya el testimonio de algunas de las santas mujeres que estaban un poco alborotadas porque encontraron el sepulcro vacío, porque algunas dicen haberlo visto; pero a pesar de todo no reconocen los beneficios de Dios. Y la Sagrada Escritura nos lo recomienda vivamente. Por ejemplo:

Salmo 103, 2:

Alaba alma mía al Señor y no olvides ninguno de sus beneficios.

Salmo 136(135), 1:

Alaba al Señor porque es bueno, porque su misericordia permanece para siempre.

San Pablo dice en **1 Ts 5, 18:**

Den gracias a Dios en toda situación, porque esta es su voluntad para ustedes en Cristo Jesús.

Salmo 95, 2-3:

Lleguemos ante él con acción de gracias, aclamémoslo con cánticos.

Porque el Señor es el gran Dios, el gran Rey sobre todos los dioses.

Salmo 50, 23:

Quien me ofrece su gratitud me honra, al que enmiende su conducta le mostraré mi salvación.

El Santo Job decía en **Jb 1, 21:**

El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó. Bendito sea Dios.

Entonces, en primer lugar, tener siempre bien en cuenta sobre todo que para **reconocer y aprovechar las gracias** que Dios nos ha traído con su Resurrección, tenemos que **reconocer también lo que Él ha hecho por nosotros y ser agradecidos**, corresponder a ese bien tan grande, para poder también **reconocer el otro bien** que ha sido el motivo por el cual Él también ha pasado la Pasión, ha sufrido la muerte que es, sobre todo, por **la Resurrección, para darnos la vida eterna**.

En el Evangelio de San Lucas se puede comprender cómo una y otra vez el Señor hace referencia a su Pasión, a su Muerte, la anuncia a sus discípulos, les habla claramente, aunque no le entienden; y habla sobre todo de un «ir a Jerusalén», y ese ir a Jerusalén quiere decir sobre todo **ir a la Pasión**, ir a la muerte, pero también **ir a la Resurrección**.

Y los discípulos presenciaron su Pasión, contemplaron también su Muerte, y aquí se quedan defraudados y dan la espalda, porque todavía no se dan cuenta del gran beneficio que Cristo ha hecho, no le agradecen, y por eso se van detrás del camino que han dejado.

LA SANTA MISA

Podemos decir también entonces, como decíamos al inicio, de que nosotros que nos encontramos unos siglos después, este «ir a Jerusalén» también es para nosotros una invitación a ir a la Santa Misa, ir a ese **Memorial Viviente de su Pasión, Muerte y Resurrección**.

Entonces para ir a Jerusalén ciertamente que tenemos que tener una preparación del todo especial. En primer lugar, reconocer los beneficios que Dios ha hecho para con nosotros; pero también, junto con eso, tener actitudes, pensar cuáles tienen que ser las mejores actitudes para que yo pueda acercarme a este Sacrosanto Sacrificio del Altar donde se va a perpetuar su Pasión, Muerte y Resurrección.

Podemos poner unos ejemplos antes de adentrarnos en el testimonio que nos interesa que es el de los discípulos de Emaús. Por ejemplo la Virgen Santísima: Ella se distingue entre todos —y podemos ver en los relatos Evangélicos— porque inclusive Ella no va al sepulcro y esto llama la atención. Ella no duda y tiene plena conciencia, sabía y creía que su Hijo ha resucitado. De hecho, como es justo pensar y como nos lo recomienda San Ignacio, ya han tenido ese diálogo y diálogo de acción de gracias por haber logrado y consumado la obra de la Redención, y por Ella haber colaborado de cerca con esa obra de la Redención. Es decir, porque Ella reconoce el bien que Dios ha hecho, mantiene su fe intacta, no duda que resucitará, cosa que también fue anunciada, y por eso su alma se colma de gran alegría al contemplar en primer lugar a Cristo resucitado.

Ella no cambia, siempre es la misma: antes del sacrificio de Cristo, durante, en su Muerte y también en su Resurrección. Esa también tiene que ser nuestra actitud sobre todo al día de hoy, sobre todo cuando vayamos a la Santa Misa: la misma actitud, que no cambie, que seamos los mismos en fe, que seamos los mismos en ese agradecimiento antes, durante y después de la Santa Misa.

Un segundo ejemplo, están también las santas mujeres, aunque alborotadas y perplejas, no se acuerdan de lo que Cristo había anunciado sobre su Resurrección. De hecho, cuando encuentran el sepulcro abierto quedan perplejas, corren a anunciarlo, piensan que se lo han robado, y estaban, dice el Evangelista San Lucas, «*que parecía que deliraban*» (**Lc 24, 11**). Es decir, ciertamente a pesar de la tristeza y la emoción que tenían, se olvidaron de lo que Cristo había enseñado. Otra vez no reconocieron los beneficios que Dios había hecho y, por tanto, entonces no fueron del todo agradecidas y empezaron a pensar y a imaginarse cosas solamente al nivel humano.

Y los Apóstoles, ¡ni qué hablar!, atemorizados, incrédulos; pero también estaban maravillados y asombrados, estupefactos, conmovidos, fuera de sí, ante la contemplación de la Resurrección, del sepulcro; pero todavía con miedo, con dudas, con temor. Por lo mismo, porque no reconocían del todo todos los beneficios que Cristo había hecho.

Todas estas actitudes estamos reflexionándolas, porque para nosotros nos queda siempre el recurso de poder hacer vivo esto en la Santa Misa, donde se perpetúa este gran misterio: Pasión, Muerte y Resurrección.

LOS DISCÍPULOS DE EMAÚS

Finalmente, entonces, hablaremos un poco sobre los discípulos de Emaús propiamente. Estos discípulos estaban en Jerusalén. Ya dijimos que Jerusalén es un ir, ir a Jerusalén es un ir hacia la Cruz, a la Pasión, a la Muerte, pero también a la Resurrección.

Los discípulos de Emaús presenciaron todas estas cosas, y podríamos decir que salieron de la Santa Misa. Pudieron ver cómo Cristo hizo presente su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad en el pan y el vino. Pudieron contemplar el arresto, los juicios injustos, pudieron contemplar todas las afrentas y humillaciones, la flagelación, la coronación de espinas, el camino hacia el Calvario, la crucifixión, todo, y ¡su Muerte! Pero se quedaron hasta ahí. A pesar de que fueron testigos de estos hechos tan maravillosos, todo eso les pareció un fraude, todo eso les pareció una derrota. Dice el Evangelio que conversaban y discutían por el camino, y que tenían el semblante triste¹.

También nos puede pasar eso a nosotros si, a pesar de participar en la Santa Misa, realmente no participamos de un modo pleno, consciente, y sobre todo completo.

Cristo ¡sí!, padece, muere, pero también **resucita** en cada Santa Misa.

Dicen estos discípulos: «*Nosotros esperábamos que fuera Él quien librara a Israel; pero, a todo esto, ya van tres días que sucedieron estas cosas*» (Lc 24, 21). Es decir, es tan grande la tristeza que tienen, es tan grande la derrota que sienten, como que no le encuentran sentido a la Santa Misa, al Sacrificio Redentor de Cristo. También nos puede pasar a nosotros. ¡Cuántas veces participamos en la Misa, cuántas comuniones!; sigo, y no pasa nada, no cambian las cosas, no se solucionan. «Yo espero que ya se solucione, que sea de otro modo...».

Pero justamente no es al modo humano, no lo podemos encasillar a Dios en nuestros deseos humanos. Dios obra siempre al modo divino; por eso Cristo aparece en el camino, y aunque no se dan cuenta de que Él era, con mucha paciencia les explica las Escrituras, les ilumina su inteligencia, también enardece el corazón con sus palabras, y por ello les hace sobre todo **encender ese noble deseo de dar gracias**.

Por eso es que también nosotros, cuando veamos que parece que las cosas no cambian a pesar de nuestra participación ferviente en la Santa Misa, de nuestras comuniones, no tenemos que desalentarnos, tenemos que seguir perseverantes, y sobre todo confiar en sus palabras, en su promesa. Ahí vamos a encontrar sobre todo esa explicación, el consuelo, el aliento para poder seguir adelante.

¹ cf. Lc 24, 13-17.

Así, alimentados ellos por esas palabras, iluminan su inteligencia y enardecen el corazón para darle gracias.

Y podemos ver cómo Cristo, tomando un poco más de confianza, les reclama y les dice: «¡Cómo son tan lentos para entender, tan tercos, no se dan cuenta de que tiene que ser así!»² El camino es así: Pasión, Muerte y Resurrección; pero no separadas, no por separado, sino indisolublemente unidas: Pasión-Muerte-Resurrección.

Por eso es que también para el cristiano es una cosa injusta de que solamente piense en la Pasión, solamente su gran preocupación sea lo que padece, lo que sufre, o su gran temor solamente sea la muerte, y ahí se acaba todo, y le doy la espalda a la Santa Misa, a Jerusalén, es decir a la cruz, y dejo, abandono todo eso.

Para el verdadero cristiano esa es una visión, ¡pero muy incompleta! ¡No puede quedar todo en la pasión, no se acaba todo con la muerte! Queda el motivo más importante que es el de la Resurrección, el de la Vida Eterna.

Por eso es que al enardecerse otra vez el corazón y sentirse nuevamente animados, los discípulos de Emaús le piden: «*Quédate con nosotros, Señor, porque ya es tarde y el día se acaba*» (Lc 24, 29). Y Cristo accede, el compañero extraño de camino que les iluminó la inteligencia, les enardeció el corazón, accede a quedarse con ellos. ¿Y para qué se queda?: **se queda para celebrar la Santa Misa**. Y es ahí, en la Santa Misa, donde les resuelve nuevamente todos sus problemas e inquietudes. Lo reconocen, vuelven a reconocerlo.

Y acá viene la parte mejor, cuando Él desaparece. Ellos dicen: «*¿No ardía acaso nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?*» (Lc 24, 32). Dice el Evangelio: «*En ese mismo momento, se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén*» (Lc 24, 33).

El relato acabó de decir que era de noche, que por eso le pedían incluso que se quede, porque es peligroso el camino: «*¿A dónde va a ir?*». Pero miren, ¡cuán grande es la transformación interior en el alma de estos discípulos por el contacto con Cristo Resucitado! Pero este Cristo Resucitado, que les enseña las Escrituras, sobre todo, les celebra la Misa. Es decir, les recuerda otra vez en este Memorial Viviente de Su Pasión, Muerte y Resurrección, estas verdades que son las más importantes: que sí, que está el sufrimiento, la Pasión dolorosa, su muerte; ¡pero que Él está vivo, que ha resucitado!

Y por eso, en ese mismo instante, con el temor del camino, en la noche, se ponen de camino y regresan al lugar donde está toda la dificultad, donde está todo el peligro, al lugar donde está la Cruz, donde está el Calvario, donde están los discípulos atemorizados, donde los pueden matar si los reconocen como discípulos de Jesucristo.

¡Pero vean esa transformación interior! Ya no hay lugar para el temor, ya no hay lugar para el desaliento. Ya solamente quieren dar la vida también por Jesucristo.

Pero claro, a esta historia y a estos discípulos lo que les faltaba era el motivo principal. Y el motivo principal que movía, no sólo a la acción de gracias, sino a emular con su vida

² cf. Lc 24, 25-26.

otra vez algo así como lo que hizo Jesucristo, **es y siempre será la Resurrección**. La Resurrección que también está presente en la Santa Misa.

Entonces, no importó la noche, no importó el peligro, el frío del retorno; decididamente emprenden su camino hacia la Cruz, es decir, hacia la Santa Misa.

Cuando los discípulos llegan a Jerusalén, encuentran a los otros Apóstoles reunidos, y Cristo nuevamente se les aparece, asusta a todos y les dice³: «*Palpen, cream*». Les pide de comer, le dan de comer. «*Paz a vosotros*», les dice el Señor como quien les recomienda que en la acción de gracias estén sosegados y con Él; no hay lugar para alterarse, para atemorizarse, para perder la esperanza. Él está, ¡y está vivo! «Me pueden palpar, como delante de ustedes, y comparto otra vez». Y siempre en esa intimidad como lo hacía en otro tiempo, cuando les explicaba de un mejor modo las parábolas a los discípulos, cuando descansaba y pasaba tiempo con ellos.

Es decir, **reconocer** los beneficios que Dios ha hecho en su **Santa Pasión y Muerte**; pero también, sobre todo, los de su **Resurrección**.

Nosotros entonces, como cristianos del siglo XXI, podemos decir que tenemos la oportunidad de hacer viva la obra de la Redención de Jesucristo, su Pasión, Muerte y Resurrección, con cada Santa Misa. Y por eso también, ahí tenemos que encontrar el valor, la fortaleza, para poder seguir adelante a pesar de las dificultades. Siempre nos tiene que mover y enardecer, a emprender inclusive y abrazar nuestras cruces, el motivo principal: la Resurrección.

A pesar de que haya muchas cosas que nos preocupen —hay ciertamente en la vida tantas cosas que nos distraen de lo más importante— siempre tenemos que recordar que una cosa es lo importante, y tenemos que **elegir la mejor parte**, esa que nunca se nos va a arrebatar; es decir, **elegirlo a Él, a Jesucristo el Verbo Encarnado**. Y tenemos la grandiosa oportunidad de elegirlo sobre todo aquí y ahora en el Sagrario, en cada Santa Misa donde se perpetúa su Pasión, Muerte y Resurrección.

Que a ejemplo de Él nos levantemos y firmemente emprendamos, una y otra vez, el camino hacia Jerusalén. Llenos de gozo agradezcamos a Dios por todo; y a pesar de todo, que siempre estemos en el Templo adorando, bendiciendo a Dios, por el don que nos ha hecho, el darse a sí Mismo, en cada Santa Misa; y por el don de poder recibirlo en la Santa Comunión.

Por eso pidamos a la Virgen Santísima la gracia de siempre prepararnos de un mejor modo para cada Santa Misa y, sobre todo, de ser gratos con Dios por el don que ha hecho de sí mismo a cada uno y, sobre todo, acordémonos de que es en la Santa Misa donde nos encontramos con la Resurrección y la Vida.

Ave María Purísima, sin pecado concebida.

³ cf. Lc 24, 36-43.